

nocerle, y hallándose Diógenes en Corinto, al momento fué á verle, encontrándole sentado en una calle con el aspecto de un hombre tranquilo y contento. El conquistador de Macedonia se acercó á él y le dijo: ¿Qué puedo hacer por tí? á lo cual contestó el filósofo sin detenerse: «Apártate á un lado para no quitarme el sol.» Refiérese que Alejandro quedó tan maravillado con estas palabras, que exclamó: «Si no fuese Alejandro, quisiera ser Diógenes». También tenía Diógenes epigramas contra la justicia humana que para unos suele ser ciega mientras que para otros tiene ojos de lince; así es que viendo un día caminar al cadalso á un pobre diablo que había cometido un leve robo, y á quien acompañaban algunos magistrados y otros funcionarios públicos, dijo; «He ahí unos grandes ladrones que condenan y conducen al suplicio á uno pequeño».

También se refiere que Diógenes no era grande amigo de la mitad más bella del género humano á juzgar por algunos de su dichos. Habiéndole contado que una mujer se había ahorcado de un olivo, exclamó: «No sería malo que todos los árboles diesen frutos parecidos», lo que más sorprendía en Diógenes era no solo la profundidad de sus sentencias, sino la prontitud con que las pronunciaba, de suerte que eran verdaderas improvisaciones en que no se descubría ni el menor estudio y unicamente debidas á su feliz imaginación.

Tenía Diógenes cierta popularidad en Atenas, porque agradaba á los atenienses su franqueza mortificante y la rudeza de sus frases. A Crétero, rico macedonio que le suplicaba que fuese á su casa, le contestó por escrito que prefería comer sal en Atenas mejor que hallarse en los ricos festines de Crétero.